

EN PORTADA / Libros

Por fin ya es todo nuestro

Ni el exilio está sepultado como fenómeno crucial del pasado ni lo está como problema intelectual

Por Jordi Gracia

NI LA MÁS EXHAUSTIVA bibliografía sobre el exilio español de 1939 —que hoy es ya abrumadoramente copiosa— logrará borrar en el lector la impresión primaria de un doble dolor: la derrota primero y la expatriación después. Sabemos infinitamente más de lo que sabíamos en general y en particular y la abundancia de testimonios y relatos ha crecido de manera casi ingobernable: un tesinando hoy dispuesto a examinar a fondo el conjunto del exilio dará de cabeza en el manicomio sin la menor reserva. Por supuesto, es una estúpida noticia, aunque en realidad sólo expresa las condiciones de una nueva etapa que ha empezado ya: el exilio nunca había sido tema tan completamente nuestro como ahora porque sabemos hoy lo que no sabían los propios exiliados, lo que ellos ignoraban de las múltiples peripecias de otros exiliados, lo que sólo supieron a medias o demasiado tarde sobre exiliados que regresaron, sobre los que no regresaron y sobre los que paradójicamente hicieron ambas cosas. Ni el exilio está sepultado como fenómeno crucial del pasado ni lo está como problema intelectual; de hecho, está refrescantemente iluminado por la reedición de diarios y memorias, el estudio de fuentes de archivo, fotográficas y cinematográficas, la publicación de epistolarios —algunos tan obvios como la colección Epístola de la Residencia de Estudiantes— o la edición escrupulosa de cualquier forma de literatura exiliada —como ha venido haciendo entre otras la especializada Biblioteca del Exilio que dirige Manuel Aznar—, e incluyen la obra de arquitectos, de pintores, editores o ingenieros y sus peripecias vitales. Y tanto los libros de Tomás Segovia y Nicolás Sánchez-Albornoz como la monografía académica de Cate-Arries ratifican esa arborescente pluralidad de experiencias y de lecturas para alumbrar un mapa más abierto de interpretación, más flexible, y a veces más chocante: desde el desgarrador interminable que aún destellan tantos estudios recientes hasta la percepción menos atada al origen salvaje del exilio. Baste echar un vistazo a la bibliografía primaria y secundaria que recoge la página de la aemc.org para los dos últimos años, pero también la luminosa racionalidad ilustrada, fecunda y universalista, que

respiran varios de los ensayos compilados por Tomás Segovia en *Digo yo*. Escribe y piensa desde la conciencia de la pluralidad de estratos que conviven en toda etapa histórica y la "corriente submarina" de la que habla puede ser casi una metodología de interpretación también para el exilio, como de hecho sucede en tres de sus ensayos. Los hijos del exilio no comparten "las mismas

suscribir Tomás Segovia— que durante sus veinte años de exilio en Buenos Aires "ni mi cabeza ni mis sentimientos ni mis actividades quedaron encerrados en ese círculo de compatriotas (...). No estuve ni me sentí de paso" o que incluso le lleva a reclamar el "sello voluntario" al exilio sin rebajar lo que hubo de ferocidad implacable en la persecución franquista? Porque desde luego, en su

ranzador. Desmenuza los testimonios escritos, literarios o documentales, de los campos franceses, y acude a los más conocidos de Max Aub, Andújar o Artís-Gener pero también a otros tan infrecuentes como los diarios de Victoria Kent, Antonio Ros o García Gerpe, además de las fotos de Ione Robinson. Y el rastro se hace absolutamente vivo cuando sabemos que el refugiado que

logra salir de las alambradas para llegar a América pertenece irremisiblemente a una "minoría privilegiada entre miles de refugiados que buscaban un lugar seguro" (y viene a la memoria la acritud de otro memoria-lista exiliado atípico como Charles Fontserè). La utopía del viaje a América está por todos sitios, pero cito este caso estremecedor del diario de Eulalia Ferrer, de 1939: "Como ha sucedido en otros casos y en otros campos, el naufragio voluntario se metió al agua con todo y maleta, avanzando hacia dentro. Llevaba uniforme de gala de la armada. 'Déjenme embarcar', les gritó a sus salvadores. Creía que un barco le esperaba con su esposa e hijos para llevarlo a América". Es probable, al fin y al cabo, que el exilio más joven haya sido también el que más tempranamente asumió el tránsito que va de ser *refugiado*, que implica transitoriedad, a ser *exiliado*, que incorpora la fatalidad. Fue el paso que dieron tempranamente José Gaos o Ayala o Ferrater Mora y que parece la tradición que reconocen tanto Tomás Segovia como Sánchez-Albornoz. Una frase del libro de este último contiene otra verdad también incómoda: "El mal trago [de la persecución en el interior] traía más cuenta pasarlo afuera", a sabiendas de que el bien superior de la vida y la dignidad "no siempre se alcanza siguiendo una senda libre de desazones". Y desde luego las tuvieron, tanto él como su padre, Claudio Sánchez-Albornoz, en sus respectivos exilios, aunque ambos decidiesen seguir fuera: los presos en las alambradas y los afortunados de un exilio mejor son también nuestros. •

Digo yo. Ensayos y notas. Tomás Segovia. FCE. México, 2012. 262 páginas. 20 euros. **Cárceles y exilios.** Nicolás Sánchez-Albornoz. Anagrama. Barcelona, 2012. 336 páginas. 19,90 euros (electrónico: 14,99). **Culturas del exilio español entre las alambradas.** Literatura y memoria de los campos de concentración en Francia, 1939-1945. Francie Cate-Arries. Traducción de Jaime Fatás Cabeza. Anthropos. Barcelona, 2012. 464 páginas. 24,50 euros.



Claudio Sánchez-Albornoz, a su llegada a Madrid en 1976, tras 40 años de exilio. A su izquierda, su hijo Nicolás. Foto: César Lucas

heridas" que sus padres porque fueron más afortunados, en general, pero "una injusticia que acaba en final feliz no por eso se vuelve justa". Estas nuevas condiciones diluyen en gran medida la relevancia del debate político sobre el exilio porque es redundante e innecesariamente obvia, mientras nos pesa mucho más la voluntad de comprender cabalmente la compleja diversidad de mutaciones que vivió un proceso colectivo, plural y prolongadísimo. ¿Qué forma de la ecuanimidad racional lleva a Nicolás Sánchez-Albornoz a deslindar entre los trabajos forzados y la esclavitud propiamente dicha, o entre los campos de exterminio nazis y los "de casa", como Cuelgamuros, donde estuvo y de donde se fugó? ¿Es la misma que sin aspavientos subraya —como a su vez podría

relato frío, contenido y emotivo de la peripecia de expatriado y exiliado sigue latiendo el refundador de la FUE de la posguerra que visitó en Madrid a Marañón, a Ortega y a Teófilo Hernando en 1946. Iba a recabar ayuda y recabó un desengaño que sólo mitigó la ayuda efectiva de Hernando. Él creía que Ortega y Marañón fueron "equidistantes", y así lo cuenta, pero en realidad fueron ambos inequívocamente aliados del bando franquista en guerra, uno explícitamente y el otro sólo privadamente.

El libro de Francie Cate-Arries, *Culturas del exilio español entre las alambradas*, aborda lo que dice su subtítulo: "Literatura y memoria de los campos de concentración en Francia, 1939-1945", y termina por tanto justo en el momento de ese encuentro desespe-

de nuestras ciudades: el de Cádiz, según él, viene de la palabra hebrea *kades*, sagrado. El apasionado Kahn sostiene que los judíos deben afirmar su condición de pueblo elegido, porque "si fueran hombres como los demás, no se les perseguiría"; pero también les exige un camino de perfección: "No sólo hay que creer en Dios, sino merecer que él crea en nosotros". Es la obra de un hombre de fe, y por lo tanto tiene tanta emoción como falta de equilibrio, como todo lo que no busca la imparcialidad. Y es, junto con la biografía de Martín Gijón, una buena oportunidad para recuperar la historia de este hombre y reconstruir algunos hechos olvidados de los años maravillosos y terribles que le tocó vivir. •

La patria imaginada de Máximo José Kahn. Vida y obra de un escritor de tres exilios. Mario Martín Gijón. Pre-Textos. Valencia, 2012. 352 páginas. 20 euros. **Arte y Torá. Exterior e interior del judaísmo.** Máximo José Kahn. Renacimiento. Sevilla, 2012. 378 páginas. 22 euros.

Un personaje robado al siglo XX

Por Benjamín Prado

NINGUNA HISTORIA vuelve a estar completa hasta que se le devuelven los personajes que han desaparecido de ella con el paso del tiempo. Y es fácil intuir que unos acontecimientos tan llenos de ángulos y bifurcaciones como los que dieron lugar a la II República, la Guerra Civil y la diáspora del exilio tuvieron que tener más actores de los que caben en el cartel de la obra. Uno de ellos es Máximo José Kahn, nacido en 1897 en Fráncfort de Meno, la ciudad con mayor índice de ciudadanos judíos de toda Alemania, y muerto en Buenos Aires, en 1953 y con un pasaporte de ciudadano español en el bolsillo. Sus tres pasiones fueron el judaísmo, España y la literatura, y supo hacerlas compatibles muy pronto, a los 24 años, cuando se trasladó de Berlín a Toledo y empezó a colaborar en *La estafeta literaria* de Ernesto Giménez Caballero como corresponsal de la literatura alemana, igual

que hacía de cronista de la actualidad cultural española en el semanario *Die Literarische Welt*. Lo primero sirvió para que se empezase a hablar aquí de Thomas Mann, Rilke o Kafka, y lo segundo para que se tuvieran allí noticias de los libros de Gómez de la Serna, Benjamín Jamés, Ayala o Lorca, que era su gran debilidad. Kahn era en esos años escandalosamente subjetivo, tendía a decir barbaridades y, además, tenía dos caras, porque en muchos de sus textos sobre España publicados en Berlín, la imagen que da de nuestro país es bastante despectiva. Pero todo eso cambió con la llegada del nazismo y la sublevación de 1936, y Kahn terminó avergonzándose de su país antisemita y orgulloso del nuestro, que con tanto heroísmo sin esperanzas combatía al fascismo. En *La patria imaginada* de Máximo José Kahn, Mario Martín Gijón hace un completo inventario de la vida y trabajos de este intelectual que fue amigo íntimo de Rosa Chacel y Juan Gil-Albert, compartió los dorados años veinte y treinta con

los poetas y narradores de la generación del 27; defendió la República, denunció infatigablemente el antisemitismo de Franco y ocupó puestos diplomáticos menores; y que tras la derrota tuvo que exiliarse, pasó por el campo de concentración de Kashba Tadla, en Marruecos, y después por Nueva York, México, donde se hizo muy amigo de Octavio Paz y Elena Garro y, finalmente, Argentina, donde publicó las novelas *Año de noches* y *Efrain en Atenas*. Persiguiendo a este personaje casi desconocido, el lector aprende cosas nuevas sobre lo ya conocido, y esa es una de las virtudes de esta obra, publicada por Pre-Textos. Renacimiento, por su parte, recupera uno de los títulos del propio Kahn, *Arte y Torá*, donde dió rienda suelta a su pasión por el judaísmo sefardita. En él se juntan, eso sí, erudición y delirio, dadas sus teorías sobre el origen judío de casi todo, desde la fiesta de los toros, que justifica relacionando, por ejemplo, las esculturas de Guisando con el mito del Becerro de Oro, hasta los nombres